



ETNOHISTORIA Y VIDA COTIDIANA: ESTUDIO DE CASO DE UNA INMIGRANTE ARAGONESA EN UNA COLONIA AGRICOLA EN VENEZUELA

*Ethnohistory and Daily Life: A Study of an Aragonese Immigrant
in an Agricultural Colony in Venezuela*

Ricardo PÉREZ GÓMEZ
Universidad Católica Andrés Bello, Caracas (Venezuela)
rdoperez58@gmail.com

Resumen

El presente estudio de caso expone, a partir de la historia de vida como fuente de información, un abordaje de la vida cotidiana más allá de lo meramente narrativo y periodístico. La investigación toma como objeto de estudio los cambios ocurridos en las costumbres y los hábitos de comportamiento cotidiano de una inmigrante española en la colonia agrícola de Turén en Venezuela a mediados del siglo pasado. Se considera que los procesos migratorios, máxime si se enmarcan dentro de un proyecto colonizador, resultan propicios para detectar las variaciones en los mundos vitales de las personas, en ese proceso obligado al que se enfrenta el emigrante de ajustarse a las condiciones de un medio ambiente nuevo, extraño y a veces percibido como hostil. La información se recoge a través de los recuerdos que tiene la emigrante, suministrados en entrevistas abiertas. Las experiencias de la vida cotidiana en el pueblo español donde vivía la emigrante se comparan con las de la colonia agrícola venezolana a la que fue a vivir, a la luz de aportes teóricos provenientes del campo de la antropología. Se concluye que el enfoque etnohistórico de los hechos puede contribuir a explicar el análisis histórico de los mismos, dando una visión alternativa pero complementaria y enriquecedora a las metodologías tradicionales para el estudio del pasado.

Palabras clave: etnohistoria, vida cotidiana, historia de vida, inmigración, siglo xx, Aragón, Venezuela.

Abstract

The essay exposes a study of the daily life, trying to overcome the normal, journalistic narrative explanations, offering instead an approach based on the history of lifetime. The research takes as object of study the expected changes occurred in the personal manners and daily habits of a Spanish immigrant in the agricultural colony of Turen in Venezuela, during the middle of the past century. Migration processes, especially if happen as part of colonization projects, offer a good opportunity to detect relevant changes in the inner lives of people, due to the efforts of the immigrant to deal with the adaptation to a new, different and sometimes hostile environment. Information is obtained through the remembrances of the immigrant during open interviews. Personal remembrances about her daily life in the small Spanish town where she lived before migration are compared with those other ones in the Venezuelan agricultural colony where she arrived. These comparisons are analysed based on contributions coming from the anthropology field. As a conclusion, ethnohistory approach is recommended for the study of the past in order to enrich traditional methodologies used by historians, as a complementary approach.

Key words: ethnohistory, daily life, history of lifetime, immigration, 20th century, Aragon, Venezuela.

1. INTRODUCCIÓN

A finales del siglo pasado era ya evidente la existencia de un cambio en la historiografía contemporánea: se pasa de una hermenéutica sistemática positivista, hegeliana, marxista, interesada por explicar el pasado, a una hermenéutica filológica clásica interesada por reconstruirlo, para avanzar después hacia una hermenéutica post-saussuriana moderna interesada por interpretarlo.¹ El foco del estudio cambia para dirigirse desde las personalidades relevantes y las impersonales estructuras o procesos de la economía o de la sociedad a las experiencias existenciales de personas concretas y grupos particulares que habían permanecido excluidas del estudio de la historia.² El enfoque del producto historiográfico comienza a tener en cuenta la historia narrativa, consecuencia del desplazamiento de la historia social desde las estructuras hacia los mundos vitales, rehabilitándose la historia oral y la etno-

1 Hayden White, "El contexto del texto: método e ideología en la historia intelectual". En Hayden White, ed., *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*. Barcelona, Paidós, 1992: 195-219.

2 Georg G. Iggers, *La ciencia histórica en el siglo XX. Las tendencias actuales, una visión panorámica y crítica del debate internacional*. Barcelona, Idea Books, 1998.

historia de las minorías olvidadas, la historia de la gente, de los de abajo, de sus creencias y opiniones, de la vida privada, a la vez que se diversifican los métodos de investigación y se fomenta la interdisciplinariedad.

En concreto, la aparición de la historia de las mentalidades provoca un interés específico por los patrones de conducta colectivos como objeto válido de investigación para los historiadores, desde la perspectiva de que también pueden ser determinantes del cambio histórico y posibilitan superar esquemas abstractos automáticamente deducidos de teorías económicas o políticas.³ La historia de las mentalidades llevó también a un interés mayor por la historia de la cultura, sobre todo de la cultura popular, y emergió con fuerza el estudio de la historia oral, la vida privada y la vida cotidiana. Además de manifestarse a través del folklore, de la literatura y de otras expresiones simbólicas, esas mentalidades también se dedujeron de la observación de los comportamientos y actividades rutinarias de los miembros del grupo o sociedad —conformando patrones más o menos típicos y arraigados—, y de las explicaciones que los miembros daban sobre ellos. Gracias a la capacidad de simbolización a través del pensamiento y del lenguaje, esas experiencias humanas se convierten en experiencias continuas que permiten mantener un problema en la mente, aunque no esté físicamente ante él, y que pueden transmitirse de forma dinámica y acumulativa de generación en generación. El paso siguiente es encontrar o proponer vinculaciones entre dicha cotidianidad y sus contextos para poder aportar un valor añadido a la comprensión de los fenómenos sociales e históricos.⁴

Este renovado y alternativo interés por la cultura ha llevado a los historiadores a recurrir cada vez más a la antropología, hasta el punto de proponer una antropología histórica.⁵ Para el antropólogo, la cultura se va desarrollando gracias a procesos de aprendizaje continuos y permanentes, en una sociedad donde se adquieren ideas, creencias y valores que son proyectados a su vez en los objetos materiales, intelectuales y espirituales y que tienen su expresión individualizada en unas pautas observables directamente. Mientras que el historiador suele especializarse por sectores, periodos, personajes o acontecimientos, el antropólogo escoge

3 Carlos Barros, “Historia de las mentalidades: posibilidades actuales” *Secuencia. Revista de Historia y Ciencias Sociales*, 27, septiembre-diciembre, 1993: 185-210.

4 Juan Gracia Cárcamo, “Microsociología e historia de lo cotidiano”. En Luis Castells, ed., *La historia de la vida cotidiana*, Madrid, Marcial Pons, 1995.

5 Lutz Raphael, *La ciencia histórica en la era de los extremos. Teorías, métodos y tendencias desde 1900 hasta la actualidad*. Zaragoza, Institución Fernando El Católico, CSIC, 2012.

una sociedad o grupo pequeño y lo estudia como un todo, ampliando y enriqueciendo la noción de tiempo histórico en el que el historiador estudia su objeto. El antropólogo privilegia el tiempo de la larga duración en el estudio de los ritmos periódicos de los ritos ancestrales, en el análisis de lo repetitivo de los hábitos y costumbres, en las características de la vida cotidiana.⁶

Las historias de vida, sobre todo de la vida cotidiana y privada, ofrecen la posibilidad de conocer cómo perciben, reaccionan y contribuyen las personas a cambios que les afectan. A la par, estas historias proporcionan un retrato personal cultural de la existencia del cambio en una cultura, que queda reflejado en las rupturas de las prácticas cotidianas. Y esto se hace especialmente evidente en los procesos de emigración.⁷ No debe, sin embargo, caerse en el simplismo de entender las historias de vida como una simple recolección y presentación de recuerdos sin más elaboración. Es necesario ir más allá, incorporando contribuciones teóricas que ayuden a interpretar, a dar significado.⁸

La historia de vida como técnica de investigación es ampliamente utilizada por la antropología, habiendo experimentado un auge importante a partir del reconocimiento otorgado en el Congreso Mundial de Sociología de 1978.⁹ Por supuesto, las historias de vida tienen sus limitaciones de orden metodológico, referentes tanto a la confiabilidad de los recuerdos como a la representatividad del individuo seleccionado, lo que afecta su validez científica.

1.1. El contexto histórico: la colonia agrícola de Turén en Venezuela

En el presente estudio, la persona que proporciona su historia de vida en la colonia agrícola de Turén es una mujer española de 81 años de edad en el momento de realizarse las entrevistas, natural de La Cartuja Baja, un

6 Alicia Alted Vigil, "Historia de la cultura". En Blas Casado Quintanilla, coord., *Tendencias historiográficas actuales*. Madrid, Universidad Nacional de Educación a Distancia, 2005: 321-330.

7 Angeles Arjona Garrido y Juan Carlos Checa Olmos, "Las historias de vida como método de acercamiento a la realidad social", *Gazeta de Antropología*, 14, 1998, artículo 10 (s.p.).

8 Ronaldo Vainfas, "Historia de vida privada: dilemas, paradigmas, escalas", *Anais do Museu Paulista*, 4, (1996): 9-27.

9 Víctor Córdova, *Historias de vida. Una metodología alternativa para ciencias sociales*. Caracas, Tropykos, 2013.

pequeño pueblo cercano a Zaragoza —formado a raíz del proceso de desamortización de bienes eclesiásticos en España en 1843—, al que llegaron sus abuelos para vivir y trabajar como arrendatarios y peones agrícolas. El gran convento amurallado de los padres cartujos del siglo XVII se conservó íntegro y numerosas familias de pueblos de la región se trasladaron para vivir en las antiguas instalaciones conventuales y cultivar las tierras como arrendatarios de los nuevos propietarios.

Para efectos de este ensayo se identifica a la relatora por su nombre: Pilar. Pilar llegó a Venezuela y Turén en 1957 con veinticuatro años de edad, al casarse con otro vecino de La Cartuja que allí había emigrado con sus padres y hermanos en 1952. Su marido también pertenecía a la tercera generación de una familia procedente de otros pueblos aragoneses que se establecieron en La Cartuja Baja para trabajar en labores agrícolas. Pilar vivió en la colonia agrícola de Turén entre 1957 y 1962 donde conformó con su marido su propia familia. Como muchos colonos turenenses, con el tiempo fueron adquiriendo fincas de mayor extensión fuera de la colonia agrícola y dejaron de vivir en ella para asentarse en la cercana ciudad de Acarigua. Asimismo, su familia, como la de otros colonos, fue ampliando sus actividades a distintos sectores de la economía e invirtió en ganadería, propiedades inmobiliarias, empresas de servicios y pequeñas industrias.

La selva de Turén se encuentra ubicada en la región de los llanos centro-occidentales de Venezuela. Es una zona agreste y escasamente poblada, pero de suelos fértiles donde el Instituto Agrario Nacional dispuso en 1949 fundar una colonia agrícola en la que ubicar a 297 familias de inmigrantes europeos y 431 familias venezolanas.¹⁰ Para ello, el gobierno venezolano desarrolló una superficie de 28.600 has. con una masiva inversión pública en dotación de tierras, ayudas crediticias y construcción de infraestructuras de vialidad, riego, centros de acopio, talleres de maquinaria, viviendas, acometidas de agua potable y electricidad y servicios diversos.¹¹ El proyecto prestó una especial atención al capital humano de la colonia. De hecho, el gobierno venezolano instaló oficinas en Alemania, Italia y España a través de las cuales se seleccionaría a los emigrantes interesados en trabajar en el país. En la contratación de los colonos primó la condición

10 Ocarina Castillo, *Agricultura y política en Venezuela 1948-1958*, Caracas, Editorial Faces, Universidad Central de Venezuela, 1985.

11 Juan Carlos Rey González, *Huellas de la inmigración en Venezuela. Entre la historia general y las historias particulares*. Caracas, Fundación Empresas Polar, 2011.

de que se trasladasen con su propia familia, preferiblemente con hijos en edad de trabajar, pues el objetivo era que todos laborasen en la parcela asignada. Cada colono recibía inicialmente una pequeña parcela de 5 has., pudiendo solicitar su traslado a otra de mayor extensión en la medida en que fuera progresando y tuviera informes favorables de la gerencia del proyecto. Y con el tiempo, el colono podía adquirir la propiedad de la parcela que cultivaba.

El éxito económico de la colonia agrícola de Turén fue tan espectacular como inmediato, jugando un papel clave en la estrategia gubernamental de satisfacer las necesidades alimentarias del país y reducir las importaciones de cereales y oleaginosas. Pero el éxito también benefició grandemente a los colonos como lo ejemplifica el hecho de que ya en 1956, apenas seis años después de la llegada del primer grupo, la gran mayoría de ellos había pagado las ayudas recibidas por el gobierno, había ampliado su vivienda y había comprado maquinaria agrícola con sus propios recursos.¹²

2. EXPERIENCIAS DE VIDA EN LA CARTUJA BAJA Y TURÉN. UN ANÁLISIS COMPARATIVO

Con Pilar se realizaron varias entrevistas con la intención de obtener información acerca de su vida cotidiana antes y después de su llegada a Turén. Son entrevistas basadas en preguntas abiertas en las que el investigador plantea el tema que desea conocer y el informante, en este caso Pilar, responde libremente sin interrupciones. En los temas abordados se recabó información sobre los siguientes aspectos: características de la vivienda, hábitos de higiene, limpieza y cuidado del hogar, alimentación, vestido, hábitos de consumo y de cuidado personal, aproximación a la naturaleza y al clima, salud y enfermedades, seguridad personal, trabajo y administración de los recursos, entretenimiento y celebraciones sociales, crianza y educación de los hijos, amistades con vecinos y relaciones con la comunidad. Las respuestas de Pilar se transcribieron, tratando de respetar lo más posible su lenguaje, y se agruparon por cada uno de los dos contextos espaciotemporales, esto es, La Cartuja Baja y Turén. El análisis de las narra-

12 Ministerio de Agricultura y Cría de la República de Venezuela, *Memoria y cuenta del Ministerio de Agricultura y Cría*. Informes correspondientes a los ejercicios presupuestarios de los periodos anuales entre 1948 y 1958. Caracas.

ciones se ha llevado a cabo desde una óptica temática, dado que el interés de las entrevistas fue obtener información descriptiva sin entrar en valoraciones sobre ésta.¹³

En cuanto al ambiente y tono general de las experiencias de vida, Pilar valora como muy satisfactorias tanto sus vivencias en La Cartuja Baja como en la colonia agrícola de Turén, y en ambos contextos manifestó haberse sentido muy feliz. El sentido de desarraigo y de añoranza por el terruño que tanto se comenta de los emigrantes, aunque ciertamente existió en Pilar, no prejuzga en sentido negativo sus vivencias en la colonia agrícola.

Con relación al trabajo y los modos de producción, se observan diferencias entre La Cartuja y la vida en Turén. En La Cartuja, Pilar trabajaba tanto en las labores de la casa como en las del campo ayudando a su familia y también como peón agrícola para otros, mientras que en la colonia se dedicó exclusivamente a las tareas del hogar. Su desempeño dentro y fuera de casa no responde a ningún patrón cultural asociado a la mujer soltera o casada en La Cartuja; de hecho, su madre y sus tías, mujeres casadas, también trabajaban tanto en casa como en el campo. Por otro lado, se observa que el tipo de actividades agrícolas que realizaba la familia de Pilar y el resto de la comunidad cartujana era muy distinto al llevado a cabo en la colonia: en La Cartuja se trabajaban varias parcelas, separadas entre sí, de terreno irregular, muy pequeñas, casi siempre sin peones, sin maquinaria, con muy poco servicio técnico ni financiamiento, sin productos agroquímicos disponibles que ayudaran a incrementar el rendimiento de la cosecha y con canales de comercialización muy regulados y limitados. Todo lo contrario a lo que ocurría en Turén. Además, mientras que en La Cartuja se cultivaba una amplísima gama de productos, muchos de los cuales eran además para el autoconsumo, en Turén se cosechaba un solo rublo por temporada y totalmente destinado a la venta comercial.

En relación con los hábitos de consumo, en La Cartuja una parte importante de los productos alimenticios que se consumían, así como también de los productos de cuidado del hogar y algunos de higiene personal, venían de las propias cosechas, campos y granjas, incluyendo la elaboración artesanal de productos en el propio hogar, mientras que en Turén el autoconsumo era meramente testimonial, más por divertimento que por

13 Víctor Córdova, *Historias de vida. Una metodología alternativa para ciencias sociales*. Caracas, Tropykos, 2013.

necesidad. Por otro lado, de aquellos productos que se tenían que adquirir en los abastos, en España las marcas comerciales consumidas eran, en su gran mayoría, españolas, en tanto que en Turén eran mayoritariamente estadounidenses. Respecto a los hábitos alimenticios, éstos no cambiaron mucho en lo referente a horarios y comidas, siendo pocos los rublos alimenticios criollos que se adoptaron en la dieta, conservándose la preparación e ingredientes que se conocían desde España; fueron más los productos alimenticios estadounidenses, desconocidos también en España pero presentes en Venezuela, los que comenzaron a incluirse en la dieta.

Las condiciones de la vivienda y del hogar eran significativamente diferentes. En La Cartuja la vivienda reunía también funciones económicas, pues incluía espacios para la cría de animales y otros destinados al almacenamiento de productos alimenticios semielaborados. Sin embargo, en Turén la vivienda era para uso exclusivo como hogar de la familia y reunía algunos adelantos sanitarios y tecnológicos que aún no se disponían en España. Además, la vivienda en La Cartuja se concebía como algo austero y para toda la vida, con pocos o ningún cambio en las áreas internas, mobiliario, ajuar, vajilla, etc., a menos que fuese estrictamente necesario por la llegada de algún nuevo miembro a la familia o por alguna necesidad económica como la ampliación de alguna cuadra pues animales domésticos y personas podían vivir en la misma edificación, algo que no ocurría en la vivienda de la colonia. Sin embargo, en Turén existía la oportunidad de reformar la vivienda por voluntad propia, para mejorar la calidad de vida o incluso como signo de estatus social.

En su aproximación a la naturaleza y clima, Pilar percibe muchas diferencias. En España, el impacto está relacionado sólo con la climatología, con el frío invernal y todas las precauciones que había que tomar para protegerse de él. En Venezuela, aunque el calor también se ve como un inconveniente, la preocupación es mayor por los animales salvajes a los que se ve con miedo y repugnancia. Sin embargo, en ninguno de los dos contextos se tiene la impresión de que la naturaleza y el clima sean obstáculos importantes para el desarrollo de la vida diaria y el logro de las metas y expectativas personales, más allá de las típicas adversidades climatológicas y plagas que afectan las labores agrícolas pero que son asumidas como parte del trabajo.

Las narraciones no presentan informaciones sobre afecciones graves de salud ni en La Cartuja ni en Turén. La atención sanitaria fue descrita como aceptable tanto en uno como en otro contexto; para casos de gravedad había que trasladarse a las ciudades cercanas, pero esto no era visto

como un inconveniente. Se mencionan algunos episodios de enfermedades graves tanto en La Cartuja como en Turén pero no se entra a valorar la atención médica recibida. Tal vez ello responda a alguna pauta de vida de afrontar la adversidad de la enfermedad o a la resignación que se podía respirar en aquellos tiempos en los que la medicina y la farmacología no estaban tan avanzadas y la enfermedad y la muerte constituían hechos normales y frecuentes de la vida misma, sobre todo de la vida de los más pobres.

Las diferencias en materia de propiedad y de seguridad de personas y bienes son muy importantes. Si bien en Turén no se era propietario ni de las tierras ni de la vivienda, la sensación de propiedad, en el sentido de que se tiene certeza de que se puede disponer libremente de esos inmuebles y de los productos de las cosechas dentro de los términos del contrato, es plena. Por el contrario, en La Cartuja, aunque la vivienda era propia y algún campo también, había una sensación de estar en una relación de dependencia casi absoluta con respecto a los amos de las tierras y también del gobierno en lo que a comercialización de las cosechas se refería. Además, en Turén se era propietario de maquinarias agrícolas y de automóviles para uso particular, lo que no ocurría en España. Se encuentran también diferencias apreciables en materia de seguridad y protección tanto de las personas como de sus bienes. La sensación de seguridad era mucho mayor en la colonia que en La Cartuja. La gran pobreza y hambruna que existía en las ciudades españolas hacían que los robos de alimentos, cosechas y animales fuesen frecuentes, no así otro tipo de delincuencia. La seguridad en la colonia es descrita como total, no sólo por lo apartado geográficamente de la misma sino porque tampoco se percibía que los colonos ni los campesinos criollos fueran a atentar contra las personas ni los bienes. Un par de hechos de violencia criminal son expuestos en las narraciones, pero como hechos puntuales sin relacionarlos con problemáticas más amplias.

La vida social en La Cartuja era más intensa que en Turén; de hecho, sorprende por su vitalidad, originalidad y diversidad. La proximidad a una gran ciudad también enriquece la variedad de posibilidades de sociabilidad y entretenimiento. Por contrario, en la colonia las posibilidades eran menores: la inexistencia de un centro poblado como tal, pues las únicas viviendas a las que podía irse a pie eran las de las otras tres familias de colonos que compartían el mismo cruce de parcelas, dificulta el contacto personal. Este aislamiento territorial, unido al aislamiento geográfico de la colonia agrícola y la inexistencia de ciudades próximas, contribuía a hacer más difícil los contactos interpersonales. A pesar de todas estas limitacio-

nes, la calidad de los vínculos de amistad que se forjaron en la colonia es vivida como alta y fraterna. La vida social en la colonia resulta más intimista y a la vez más formal, se disfruta más con las relaciones personales que con las grupales, aunque las primeras se establecen o conducen a lazos de relación con otras familias: la amistad es más con otra familia de colonos que con otras personas aisladas. Ni en La Cartuja ni en Turén se describen amistades con personas extrañas a dichos poblados, salvo en el caso de Turén pero sólo si se trata de otros inmigrantes, pues no se establece contacto afectivo con criollos a menos que sea por su incorporación a la familia de otro inmigrante.

La familia es percibida de la misma manera en La Cartuja que en Turén: tiene un peso muy alto en todas las esferas de la vida, desde trabajar juntos hasta convivir juntas tres generaciones distintas. Es una familia nuclear pero extendida, fuertemente patriarcal y jerárquica en la que el jefe de la familia decide todo y administra todo. Sin embargo, este funcionamiento tan centralizado y autoritario comienza a cuestionarse en la medida en que los logros económicos producen excedentes suficientes y la hasta entonces imposibilidad de contar con ahorros propios para proyectos individuales comienza a verse como factible. La educación de los hijos comienza a percibirse de manera diferente, pues el futuro en Venezuela es visto como más promisor que como se veía en España. Los miembros más jóvenes de la segunda generación se interrelacionan y comparten más con venezolanos, adquiriendo algunas de sus costumbres.

3. RESULTADOS Y CONCLUSIONES DEL ESTUDIO DE CASO

En la historia de vida contada por Pilar pueden observarse algunas categorías de análisis antropológico como el etnocentrismo, los mecanismos de cambio cultural y el imperialismo cultural o cultura transnacional de consumo. En cuanto al etnocentrismo, se observa la tendencia a considerar la forma de ser de los venezolanos en su conducta familiar y laboral como diferente de la propia y de valoración negativa, si bien se reconocen algunos rasgos positivos relacionados con su simpatía en el trato personal. No se observan apreciaciones de este tipo para referirse a otras nacionalidades de inmigrantes, salvo el caso de los colombianos que tienen una valoración negativa. Parece como si se hubiese establecido una polarización inmigrante colono *versus* criollo no colono, en la que el primero tendiese a identificarse más fácilmente con otros colonos —europeos o venezolanos— que con los naturales de los poblados cercanos. Por último, dentro

de la categoría inmigrante, la afinidad es mayor con los de la misma nacionalidad española.

Sin embargo, no se narran episodios de enfrentamiento entre inmigrantes extranjeros y naturales venezolanos. Esta armonía o tolerancia étnica y coexistencia pacífica — pese a la existencia de un fuerte etnocentrismo — no son inusuales: cada colectivo mantiene sus costumbres y formas de ser con muy poca asimilación de otras diferentes que sólo son incorporadas en la medida en que facilitan el proceso de acomodación a la realidad. Se trata de un intercambio de rasgos culturales fruto del contacto directo continuado entre los diversos colectivos, haciendo que algunos elementos de sus respectivas formas de ser o cultura varíen, pero cada grupo permanece distinto. Entre los aspectos de la vida cotidiana afectados por el cambio cultural están la organización y cuidado del hogar y el cuidado personal, en los que se adoptaron costumbres del nuevo contexto, si bien fue más debido a la nueva modernidad de la cultura transnacional de consumo ya vigente en Venezuela que a hábitos típicamente venezolanos. Sólo en los aspectos relacionados con la alimentación se observa la adopción de algunas costumbres criollas, pero nunca reemplazando a las españolas, sino sumándose a éstas. Esto constituye un mecanismo de cambio cultural, superficial pero útil, que suele darse cuando no hay competición por la explotación de los recursos y cuando hay poca población, el espacio territorial es muy grande y las oportunidades de desarrollo y obtención de recursos económicos son altas. La colonia agrícola de Turén reunía todos estos factores.

Un hecho evidente es la gran influencia que había llegado a tener la cultura de consumo estadounidense en Venezuela en comparación con su escasa o nula presencia en la España de aquellos años. La abundancia de marcas comerciales norteamericanas así lo indica, aunque parece que esta preeminencia comercial no empujaba todavía hacia una conducta consumista y se mantenía dirigida a la satisfacción de las necesidades básicas. Es posible que la mentalidad del colono inmigrante asociada al ahorro y a la evitación del despilfarro — dados sus recuerdos de tiempos difíciles asociados a guerras y hambrunas que siempre podían regresar —, sirviera entonces de dique de contención al consumo innecesario. También es posible que las aspiraciones de superación y enriquecimiento, que habían llevado al inmigrante a salir de su país para radicarse en una colonia lejana y extraña al borde de la selva, reforzasen su actitud de destinar los excedentes y beneficios económicos de sus cosechas a la acumulación de capital para poder acometer cuanto antes nuevas inversiones en vez de dilapidarlos en

consumos superfluos. Pero en la medida en que el inmigrante iba logrando sus objetivos de superación social, la noción de consumo superfluo fue modificándose y la conducta consumista incrementándose, en una especie de creación de capital cultural que proporciona a la gente un sentido de dignidad, respeto y prestigio social.¹⁴

Los cambios ocurridos en la forma de vida de Pilar y de su familia pueden explicarse a la luz de algunas teorías de la antropología cultural. Causas económicas similares producen efectos culturales similares, pues las formas de vida no son otra cosa que parte de la estrategia adaptativa del ser humano, concepto propuesto por el antropólogo Yehudi Cohen.¹⁵ Cohen estudia la evolución de las civilizaciones antiguas tomando en cuenta las exigencias que les imponía su entorno ambiental, los modos de obtención de recursos para satisfacer sus necesidades y las formas de vida y de organización familiar y comunal asociadas, para hacer después una extrapolación a las sociedades actuales. En su modelo, Cohen distingue entre culturas de forrajeros, de cazadores y recolectores, de horticultores y de agricultores, cada una de ellas con su respectiva estrategia adaptativa. Los horticultores se caracterizan por cultivar las tierras. Tierras que pueden ser ricas pero que son escasas o de pequeñas dimensiones y que sólo dan para el autoconsumo y algunos pequeños excedentes. Las huertas suelen estar rodeadas de terrenos menos productivos y por ende con pobladores con menores recursos y mayores necesidades como, por ejemplo, los forrajeros o los recolectores y cazadores. Esta situación genera una mentalidad de enclave en la que el horticultor genera una estrategia adaptativa que prima la unidad familiar, pues requiere que todos los miembros de la familia cooperen en todas las actividades —tanto del hogar como productivas—, bajo un único y fuerte mando que se centraliza en la figura del cabeza de la familia y que permite manejar exitosamente la presión por los recursos. Tal como Pilar relata, en La Cartuja Baja la organización familiar se parecía mucho a ésta definida por Cohen como de los horticultores; de hecho, La Cartuja Baja era tierra de huerta pequeña, muy repartida pero fértil, rodeada de terrenos de secano poco productivos y cercana a grandes ciudades en las que sus habitantes pasaban hambre.

14 Conrad Phillip Kottak, *Introducción a la antropología cultural*. Madrid, McGraw Hill Interamericana, 2007.

15 Ralph L. Beals y Harry Hoijer, *Introducción a la antropología*. Madrid, Aguilar, 1981, 3ª edición.

Este ambiente cambia al llegar a Venezuela. En la colonia de Turén no habrá huerta preindustrial sino agricultura comercial y no habrá territorios ni poblaciones alrededor que puedan robar las cosechas. Por tanto, el primer gran cambio en la forma de vida de Pilar fue que ya no iba a ser necesario que trabajase en el campo, pudiendo dedicarse al hogar solamente, que es una de las características más relevantes de la organización familiar cuando se pasa de la cultura del horticultor a la del agricultor, según señala Cohen.¹⁶ Pilar y toda su familia tuvieron que cambiar su estrategia adaptativa para transformarse de horticultores en agricultores. Algo que se pierde en este cambio es la noción de pertenecer a una comunidad, así sea de enclave, fuertemente unida, típica en la producción hortícola para el autoconsumo. Sin embargo, la agricultura comercial lleva al establecimiento de comunidades más grandes, permanentes, organizadas, complejas y formalizadas; la granja comercial, como era ya la de la colonia agrícola de Turén, provocaba la pérdida de este sentimiento de identidad.

En este cambio cultural —que es un cambio muy importante, un cambio realmente de nivel civilizatorio—, la estructura y funcionamiento de la familia sufre también. La familia extendida, de parentela, fuertemente unida, jerarquizada y autocrática, típica de los horticultores preindustriales, pasa a convertirse en familias disgregadas nucleares, menos jerarquizadas. La transición cultural, de modos de ver la vida y la familia, no debió de haber sido fácil ni para la primera ni para la segunda generación de inmigrantes: la primera, reacia a cambiar, y la segunda deseosa de hacerlo al percibir las transformaciones y las nuevas oportunidades que el ambiente les generaba. La primera, tratando de preservar una estructura social ancestral y exitosa, y la segunda viendo que dicha estructura se iba convirtiendo en una camisa de fuerza.

Ante todos estos cambios culturales que la historia de la vida cotidiana de esta inmigrante apunta, cabe preguntarse si para explicar el éxito alcanzado por la colonia agrícola de Turén podría adoptarse, además de las tradicionales explicaciones de tipo demográfico, económico y político, una interpretación antropológica como la que aquí se expone. Son varias las explicaciones que se han dado sobre este logro, siendo la más frecuente la de atribuirlo a la masiva inversión de recursos que el gobierno venezolano

16 Yehudi Cohen, ed, *Man in adaptation. The institutional framework*. New York, Routledge, 1971.

le inyectó, sobre todo en infraestructuras físicas y servicios, además de una política de comercialización muy atractiva.

Sin embargo, ¿cómo explicar los continuados logros de la colonia aún después de haber desaparecido la gran mayoría de estos incentivos a la caída de su principal valedor político, el gobierno militar de Pérez Jiménez en 1958? El éxito no puede atribuirse tampoco a los conocimientos técnicos previos que traía consigo el inmigrante —como así ocurrió en otros asentamientos colonizadores en Venezuela¹⁷—, pues en el caso de Turén los colonos, inmigrantes o no, no tenían experiencia relativa a los modos de producción de una agricultura comercial, de las técnicas y maquinarias que debían usarse ni tampoco sobre los tipos de cultivo. Una respuesta plausible es atribuirlo a la cultura, a la mentalidad, a los valores, a las formas de vida de los colonos. En los términos de Cohen cabría atribuirlo a la cultura de la huerta, por más exógena que ésta pudiera parecer para el entorno socio-ambiental del llano venezolano, pero que en un microambiente experimental como el de una apartada colonia agrícola, las inadecuaciones que pudiera traer consigo la cultura de la huerta se veían compensadas con algunas de sus características fundamentales.

El uso de un modelo antropológico explicativo del proceso civilizatorio como el propuesto por Cohen posibilita dar un valor agregado importante para comprender flujos o acontecimientos migratorios en un contexto histórico determinado y bajo un enfoque procesual diacrónico. Se podría suponer que los colonos inmigrantes que llegaron a Turén con una cultura preindustrial horticultora tuvieron éxito al encontrarse con un medio ambiente que, si bien no exigía una mentalidad horticultora para prosperar —pues no había ni escasez de recursos que estimularan el ahorro compulsivo ni enemigos a la vista que promovieran esquemas familiares cerrados y autocráticos—, tampoco contaba con competidores en su entorno cercano. Es ésta una opción alternativa y científica a la hipótesis de corte racial o étnica en boga entre las élites latinoamericanas de la época para justificar y fomentar la inmigración europea.¹⁸ Así, en estudios llevados a cabo en Paraguay, uno de los países latinoamericanos en los que con mayor énfasis y tenacidad se insistió en los proyectos de colonización

17 Nelly Velázquez, “Inmigrantes, cambios tecnológicos y diversificación agrícola en los Andes venezolanos”, en *Agroalimentaria*, 13, 2001: 87-98.

18 Juan Carlos Rey González, *Huellas de la inmigración en Venezuela...*

agrícola, se reportan experiencia de colonias fallidas o exitosas aun contando con perfiles poblacionales similares.¹⁹

Un ejemplo paradigmático es el reportado sobre la colonia Independencia en la década de los años 20 del siglo pasado, en la que los colonos que inicialmente fueron contratados por el gobierno paraguayo fracasaron rotundamente y la colonia sólo pudo prosperar con la llegada del segundo contingente de inmigrantes. Ambos contingentes eran de familias alemanas, pero con la diferencia de que el primero estaba integrado por grandes y medianos agricultores provenientes del África Oriental y los segundos por pequeños campesinos del sur de Alemania.

En esta misma dirección, la UNESCO²⁰ reporta diferencias culturales significativas entre los inmigrantes italianos en Australia que podían facilitar o no su adaptación y que eran características notoriamente percibidas por los mismos australianos: su región de origen, la actividad ocupacional a la que se dedicaban en Italia y la actividad productiva a la que se habían dedicado en Australia parecían ser determinantes en los resultados de su adecuación a la sociedad australiana. Asimismo, este informe de la UNESCO reseña un proceso similar al aquí propuesto, de paso de horticultor a agricultor, relativo al cambio cultural entre los inmigrantes europeos que llegaron al sur de Brasil como pequeños artesanos y su evolución hasta convertirse en pequeños industriales.

Por supuesto, no es posible asumir de entrada esta interpretación antropológica a partir apenas de la historia de vida de una sola inmigrante: sería necesario recoger más historias de vida de colonos de Turén, —tanto inmigrantes españoles como de otros países, así como de colonos venezolanos— con objeto de observar si se replican las observaciones sobre los cambios en la cotidianidad y privacidad de sus vidas. Además, si se quiere validar la propuesta teórica de Cohen como útil para explicar el éxito de Turén sería necesario comparar las historias de vida de los colonos que tuvieron una experiencia exitosa económicamente hablando con las de los que naufragaron en el intento. Como corolario, se propone el estudio histórico de los procesos migratorios, sobre todo los de tipo colonizador, a

19 Joseph Winfield Fretz, *Immigrant group settlements in Paraguay. A study in the sociology of colonization*. 1962.

20 UNESCO, *Aportaciones positivas de los inmigrantes*. París, Firmin-Didot, 1955. (Simposio preparado para la UNESCO por la Asociación Internacional de Sociología y la Asociación Internacional de Ciencias Económicas, 1955).

partir de la forma en cómo evolucionan los patrones culturales —observados éstos en la historia de la vida cotidiana de los migrantes,²¹— en el transcurrir histórico del mismo proceso, y que esta perspectiva sirva de complemento a otras explicaciones de tipo demográfico, económico, social o político, recurriendo al método prosopográfico y a la reconstrucción de historias de vida. La antropología proporciona bases científicas que pueden ayudar a comprender mejor cómo pueden convivir de forma pacífica gente de apariencia diferente, lenguas mutuamente ininteligibles y formas de vida distinta, aseveración ésta que se aplica muy bien al hecho de relevancia histórica que representó la colonia agrícola de Turén en Venezuela.

4. ANEXO DOCUMENTAL

A continuación, incluimos diversos extractos del contenido de las entrevistas realizadas a nuestra informante, Pilar, en su residencia de Caracas en el año 2015.

4.1. La vida cotidiana en La Cartuja Baja (1933-1957)

Yo nací en La Cartuja Baja en 1933 y allí viví hasta 1957 cuando me casé me y fui a Venezuela con mi esposo. La Cartuja tenía una plaza, donde estaban la iglesia y las edificaciones más grandes del antiguo convento. Los vecinos vivíamos en lo que habían sido las antiguas casas, bodegas y celdas de los monjes cartujos. Las calles eran de tierra con poco alumbrado eléctrico: en las noches pasaba el lucero, que era un señor que iba prendiendo las farolas de las calles. No tuvimos suministro de agua potable sino hasta finales de los años 40, por lo que antes teníamos que ir a recogerla en baldes a la fuente de la plaza del pueblo para llevarla luego a la casa y echarla en una gran tinaja que la mantenía fresca. Luego, cuando pusieron el agua potable, reformamos el baño de la casa para incluir el lavamanos y la ducha, pero sólo de agua fría pues no teníamos termo y si en invierno queríamos bañarnos con agua caliente debíamos calentar el agua en unas ollas en la cocina. Tampoco había cloacas y todos teníamos un pozo séptico en la casa. No había aseo urbano y la basura se le daba a los animales domésticos que teníamos o la llevábamos

21 Antonio De Abreu Xavier, *Con Portugal en la maleta. Historias de vida de los portugueses en Venezuela*. Caracas, Alfa, 2016.

a alguno de los campos que cultivábamos donde teníamos una femera destinada a amontonar toda la basura y estiércol para luego usarla como abono [...]

Nuestra casa tenía dos secciones: una vieja del antiguo convento y otra nueva que le añadieron después comiéndose parte de la calle. En la vieja estaba el comedor, un cuarto de estar con una cocinilla a leña donde recibíamos a las visitas, una pequeña despensa para el día a día y tres dormitorios. En la nueva, otra cocina pequeña con un brasero a leña, el baño, una bodega donde se guardaban aperos para la labranza, sacos con semillas, las bicicletas, las tinajas con el agua fresca, unas tinajas con aceite de los olivos que teníamos en el campo y las mermeladas de frutas que nosotros mismos cocinábamos y las envasábamos para todo el año. Entre las dos secciones de la casa teníamos un pequeño patio abierto con una escalera para subir a la parte alta y debajo de ésta teníamos un pequeño corral con una docena de gallinas, conejos, algún cerdo, una que otra cabra para dar leche, algún pavo. En la parte alta guardábamos los productos de la matanza del cerdo que hacíamos cada año, como jamones, chorizos, morcillas, longanizas, lomos y también las papas y las judías verdes que cosechábamos una vez al año y que había que guardar para consumo propio [...]

La obra de la casa era muy resistente pues eran las paredes, pisos y techos que construyeron los monjes, paredes muy gruesas y resistentes, de ladrillo. No había ni baldosas ni cerámica y los pisos eran de madera en la parte vieja y de cemento en la parte nueva. Cada vecino había hecho adaptaciones a la parte del convento que le tocó para acomodarla a las necesidades de cada familia. Por ejemplo, el refectorio del antiguo convento, donde vivía la familia de mi esposo, era un edificio grande de tres plantas al que nunca le pusieron suministro de agua potable y tampoco tenía instalaciones sanitarias [...]

Los muebles eran de madera, de mimbre y de metal y se compraban una vez en la vida, cuando la gente se casaba y se montaba la casa para vivir, o cuando hacían alguna ampliación a la casa porque la familia crecía. Los colchones y las almohadas eran de lana de oveja. Cuando esquilábamos las cuatro ovejas que teníamos, lavábamos la lana varias veces en la acequia más cercana, la tendíamos al sol para secarla y con ella rellenábamos el colchón y las almohadas. Luego, una vez al año venía el colchonero, que era un señor que se dedicaba a abrir los colchones, sacar la lana, varearla en la calle para uniformarla y la volvía a meter en el colchón y en las almohadas. Las sábanas y toallas, la vajilla, la cubertería y la mantelería que teníamos era toda de la que le regalaron a mi madre cuando se casó, porque era

tradición que cuando alguien se casaba la familia le regalaba todas estas cosas y en gran cantidad, pensando en que le durara casi para toda la vida [...]

No teníamos nevera eléctrica, de hecho, nadie en el pueblo tenía. En su lugar, teníamos una fresquera, que era un gran cajón de madera con una tela metálica espesa en la que guardábamos algunas cosas, pero sólo en invierno y por dos o tres días como máximo. Por eso, los alimentos perecederos había que comprarlos a diario porque no se podían guardar mucho tiempo. Cuando hacía frío, que podíamos llegar a los 10 grados bajo cero, teníamos braseros de leña para calentar las habitaciones y braseros de carbón vegetal que poníamos debajo de las mesas mientras comíamos; cuando íbamos a dormir nos metíamos en las camas con unas gruesas mantas y unas bolsas de goma llenas de agua caliente para no tener frío en los pies. En las ventanas teníamos persianas de madera para protegernos del viento y del frío, pero también del sol en el verano, pues la temperatura subía de los 40 grados y así tratábamos de mantener fresca la casa [...]

Cuando pusieron el suministro de agua potable construimos un fregadero para lavar los platos, pero cuando no teníamos suministro de agua potable íbamos al lavadero vecinal del pueblo que quedaba cerca del río Ebro, que pasaba cerca, a lavar tanto los trastos como la ropa. No teníamos lavadora, nadie en el pueblo la tenía, así que la ropa de todas formas había que lavarla en el lavadero vecinal. El jabón lo preparábamos nosotros mismos con el aceite sobrante de las comidas que lo guardábamos en unas tinajas y le agregábamos sebo o grasa animal o sosa cáustica y lo cocinábamos todo en unos calderos grandes y de allí salía el jabón para lavar. La ropa la planchábamos con unas planchas de metal que las calentábamos en la cocinilla, aunque había también unas planchas que tenían un compartimento para meterles carbón caliente adentro, y así planchábamos; después, unos años antes de venirme a Venezuela, salieron las planchas eléctricas y compramos una. No teníamos ningún otro tipo de electrodoméstico... Para lavar los pisos y desinfectar usábamos un estropajo de esparto que nosotros mismos armábamos y de rodillas procedíamos a lavar los pisos con arena blanca y cloro [...]

Teníamos unos gatos porque a mi madre le gustaban y porque ayudaban a matar ratones que se podían meter en la casa, aunque de todas formas poníamos raticida a veces. No había ratas ni cucarachas ni moscas ni mosquitos ni ningún otro animal raro... Nosotros no tuvimos perros, pero mis suegros y muchos vecinos del pueblo sí; por lo general, los perros vivían dentro de las mismas casas, en los corrales con el resto de los

animales, y durante el día estaban sueltos por las calles. Por lo general, los perros los tenían para ayudar cuando el dueño iba a cazar al monte conejos y perdices, que era muy común. Cuando la guerra civil y con Franco, se limitó mucho la propiedad de armas de fuego y ya no era tan fácil cazar. También la gente iba mucho a pescar al río, que entonces bajaba con agua limpia: madrillas, barbos, anguilas, percas. Tanto la caza como la pesca eran para el consumo de la familia, aunque había vecinos que se dedicaban a venderla. Cuando comenzaban las lluvias salíamos a la huerta a buscar caracoles que luego cocinábamos de diversas maneras y nos gustaban mucho [...]

Teníamos como vecino a un pastor de ovejas. Era un hombre muy serio, analfabeto, pero que conocía mucho del clima y todos los vecinos le preguntábamos qué tiempo iba a hacer, si sol o lluvia o viento para tomar decisiones sobre sembrar o cultivar: como él era pastor pues sabía mucho sobre la naturaleza. Los otros vecinos que vivían a los lados de la casa eran campesinos como nosotros, aunque había algunos que tenían también vacas porque la parte de debajo de sus casas algunos las habían transformado en cuadras. Se compartía mucho con todos los vecinos, pero más que nada con la familia: abuelos, tíos, primos que eran muchos y todos vivían en el pueblo, cada uno con sus respectivas familias, así que teníamos suficiente gente con quien pasarla bien [...]

En el pueblo había un estanco y un casino que vendían vino, tapas, bocadillos, tabaco y se podía jugar a las cartas (mus y guiñote) y también tenían baile todos los domingos por las tardes. Los chicos y chicas podíamos entrar con 16 años. Tenían orquesta compuesta por cantante, guitarrista y saxofonista, que eran todos de una misma familia, y cantaban las canciones de moda, boleros y pasodobles, sobre todo, nada de flamenco ni coplas como sale en las películas, que parece que todos los españoles en esos años fuésemos andaluces [...] Íbamos muy arreglados y bien vestidos a esos bailes. Algunos vecinos tenían radio o gramófono y aprovechábamos de ir a verlos para oír música y bailar en sus casas. La televisión no existía [...]

En el pueblo había también un estañador al que uno le llevaba las ollas y las sartenes de aluminio o de hojalata cuando se rompían o les salía algún hueco para que él las arreglara, porque no se podía estar comprando ollas y sartenes a cada rato. Había también dos vecinos que tenían horno en sus casas y uno les llevaba el pan que uno amasaba para que lo hornearan y se les pagaba por este servicio...

En el pueblo vivía un practicante y si nos enfermábamos teníamos dos médicos en Zaragoza que estaban asignados a La Cartuja y uno elegía el que más le gustaba y le pagaba una cantidad de dinero mensual, así estuvieras enfermo o no; pero luego si acudías a consulta no tenías que pagarle y te venía a visitar a la casa. No teníamos farmacia y las medicinas había que ir a comprarlas a Zaragoza. Cuando uno se enfermaba grave o había que operarse, se iba a Zaragoza al Hospital Provincial o al Hospital Universitario, que eran gratis y buenos, y si estabas afiliado a la Seguridad Social entonces podías ir al Hospital de la Seguridad Social que era más grande y moderno. Zaragoza tenía también clínicas privadas donde se pagaba, pero no eran muy caras. Había campañas de vacunación contra la tuberculosis y la polio, y la gente se moría mucho de pulmonías [...]

Desayunábamos un café con leche y tostadas de pan de trigo quemadas en la leña de la cocina, bien temprano, a las 5 am pues a esa hora salíamos a trabajar al campo, tanto los hombres como las mujeres. A media mañana almorzábamos una tortilla francesa o española en el mismo campo y a las 2 pm íbamos a la casa a comer, casi siempre un cocido con garbanzos, carne y verduras. También comíamos cordero que era lo más barato, y huevos, gallinas y conejos de los que nosotros criábamos; los pollos preferíamos venderlos. Comíamos mucho embutido y carne de la última matanza de cerdo. A media tarde merendábamos pan con chocolate o mermelada de fruta de la que habíamos preparado en conserva. En las noches, como a las 9 pm, cenábamos sopa o verdura: acelgas, espinacas, lo que hubiera de temporada. Fruta también comíamos, sobre todo manzanas, peras, alberges, dorasillas, melocotones, higos, cerezas, ciruelas, membrillos, nueces, almendras. La fruta no la comprábamos, pues todos los vecinos teníamos frutales en los campos que cultivábamos y de ellos las tomábamos o las intercambiábamos con otras que tenían otros miembros de la familia. Naranjas y uvas no sembrábamos, pero se conseguían en temporada en las tiendas del pueblo; lo mismo pasaba con las hortalizas.

Había dos tiendas donde se compraban productos enlatados como sardinas, tomates, espárragos y también embutidos, quesos, cubitos *Gallina Blanca* para la sopa, una bebida en polvo achocolatada que se llamaba *Colacao*, caramelos, y productos de limpieza y de higiene como jabón de baño *La Toja* y *Heno de Pravia*, crema de dientes, espuma para afeitar, colonias, perfumes, etc. Estas tiendas también tenían carnicería porque sus dueños tenían cabaña ovina, pero sólo vendían cordero; la carne de res se comía poco y había que ir a Zaragoza a comprarla. En cuanto a la pasta (tallarines, macarrones y canelones, sobre todo), había unas señoras que

iban a tu casa, si tenías harina de trigo, y te fabricaban la pasta; o sea, que no tenías necesidad de comprarla en la tienda. Se comía también pescado de mar, pues había una señora y su hijo que venían dos veces a la semana al pueblo a vender sardinas, calamares, mejillones, gambas, besugo, gallo y sobre todo bacalao, que era muy barato y lo que más se comía [...]

Había también una vecina que hizo un curso de peluquería en Zaragoza y luego montó una ella en el pueblo; también había una barbería para los hombres. En cuanto a la ropa, tanto para hombre como para mujer, lo que hacíamos era ir a Zaragoza a comprar las telas que nos gustaban y se las llevábamos a unas vecinas en el pueblo que eran costureras: elegíamos el figurín que nos gustaba y ellas nos cosían las faldas, vestidos, pantalones, camisas, etc. No había tiendas de ropa de confección todavía, todo era a base de modistas y sastres, hasta los años 50 que empezaron a crearse algunas en Zaragoza [...]

Hay una iglesia muy antigua y bonita en La Cartuja, pero la gente no iba mucho a misa pues había habido mucha represión política durante la guerra civil y muchos vecinos señalaban a la Iglesia como responsable. Pero sí iba todo el pueblo a misa cuando se trataba de un matrimonio, un bautizo, una primera comunión o un funeral, más que nada porque se entendía como un acto social. La gente prefería casarse en Zaragoza y después de la boda se iba a comer a un restaurante; no se estilaba baile o fiesta. En los entierros, todo el pueblo acompañaba al difunto y sus familiares hasta el cementerio que quedaba a 5 km del pueblo, como media hora a pie caminando o en carro de mulas. En Nochebuena, Semana Santa y en las fiestas patronales de San Roque también todo el pueblo iba a misa y salía en procesión por las calles. Para Nochebuena solíamos reunirnos toda la familia y comíamos cardo en salsa de almendras, besugo, pollo, pavo o capones y turrón de postre; era una gran comilona. En Semana Santa, la gente salía con la familia y amigos a comer en el campo y celebrar la Pascua. Para San Antón se hacían unas grandes hogueras en la plaza del pueblo con las hojas del maíz que se acababa de cosechar por esas fechas y se comían mazorcas asadas. Para el Corpus Christi y la Asunción también se hacían celebraciones. Los días 5 de marzo salíamos al campo a comer, pero disimuladamente porque era una festividad que Franco había prohibido, igual que los carnavales [...]

El pueblo tenía un alcalde, que era uno de los vecinos, pero lo nombraban directamente desde Zaragoza. Como era un pueblo muy pequeño no tenía cuartel de policía. Una vez hubo un asesinato en el pueblo y la Guardia Civil vino e interrogó a muchos vecinos hasta que descubrió al culpa-

ble. Hubo mucho miedo porque los métodos de interrogatorio de la Guardia Civil no eran precisamente delicados y la gente se acordaba de cuando la guerra [...]

Lo que sí había era muchos robos, siempre por comida: entraban en tu casa o en tu corral y te robaban gallinas o conejos y en los campos te robaban las hortalizas y las frutas y entonces ponías la denuncia en la Guardia Civil y venían a investigar, pero nunca agarraban a los culpables. Los ladrones solían ser gente de Zaragoza. En aquellos años era preferible vivir en un pueblo y ser campesino que vivir en una ciudad y ser empleado administrativo u obrero. La gente que vivíamos en los pueblos y trabajábamos en el campo teníamos poco dinero, pero teníamos alimentos de nuestros cultivos y crianzas, por lo menos. Los de la ciudad tenían más dinero que nosotros, pero podían comprar pocas cosas, no porque estuvieran caras sino porque simplemente no había. Cada familia tenía una libreta de racionamiento donde se llevaba el control de lo que periódicamente podía comprar en alimentos. Los campesinos, dependiendo de los productos, sobre todo cereales, debíamos de vender toda nuestra cosecha al gobierno que nos pagaba una parte en dinero y nos permitía quedarnos con otra parte de la cosecha para nuestro consumo familiar. Pero una siempre hacía trampa y declarábamos menos cosecha que la que realmente habíamos tenido para así poder darle ese excedente que se había ocultado a algún familiar que le estuviese yendo mal o que viviese en la ciudad. Pero esto de pasar alimentos a la ciudad era peligroso porque durante la guerra y varios años después para salir del pueblo había que pedir un salvoconducto al alcalde y al llegar a tu destino había puestos de control de la Guardia Civil que te lo podían pedir y podían registrarte y entonces te podías meter en un serio problema por estraperlista. Lo que hacía la gente es que nos mandaba a los chicos, a los adolescentes con la mercancía de estraperlo disimulada dentro de la ropa y como éramos menores de edad pues no nos revisaban. La libreta de racionamiento existió casi hasta el año en el que yo me fui a Venezuela, o sea, que duramos como 20 años con los alimentos racionados [...]

El pueblo tenía una escuela con un maestro para los niños y una maestra para las niñas, en aulas separadas, independientemente de las edades o las materias de estudio. Era obligatorio ir a clase hasta los 14 años. Después era muy raro que alguien fuera a estudiar bachillerato a Zaragoza. Como mucho, los más aplicados y con posibilidades económicas iban a estudiar algún curso breve de contabilidad o comercio, pero era muy raro porque tanto los chicos como las chicas al llegar a la adolescencia ayudábamos a nuestras familias con los trabajos en el campo e incluso íbamos a trabajar a

campos de los vecinos como peones para ganar algún dinero extra que se lo dábamos luego a nuestros padres. Mis hermanos y yo, y como nosotros muchos chicos de La Cartuja, teníamos una libreta de ahorros en un banco de Zaragoza con dinero que nos depositaban nuestros padres y abuelos para nuestro cumpleaños o para las fiestas [...]

No teníamos librería en el pueblo, pero la gente leía alguno de los diarios que salían en Zaragoza, así como novelas, revistas y tebeos. Los más chicos jugaban a la taba con huesos de animales, con canicas, con tapas de refrescos, corriendo por las calles y campos del pueblo, tirándoles piedras a los pájaros; sólo unos pocos tenían balones y pelotas. Los más mayores, ya adolescentes, iban a nadar en las acequias [...] Los jóvenes del pueblo jugaban fútbol y tenían un equipo que competía con los de otros pueblos cercanos, y los vecinos íbamos a verlos jugar. La gente era muy aficionada a las carreras pedestres y al ciclismo y para las fiestas patronales se hacían competencias de estos deportes en el pueblo. También íbamos al cine en Zaragoza a ver películas mexicanas, españolas y americanas y de vez en cuando venía un señor a La Cartuja con una máquina proyectora, alquilaba el casino y en vez de baile ese día nos pasaba alguna película. Nos gustaba ir a Zaragoza, que era una ciudad grande, quedaba cerca y teníamos tren y autobús, aunque muchas veces preferíamos ir o volver caminando o en bicicleta, porque nadie en el pueblo tenía automóvil. Íbamos a ver a la Virgen a la Basílica del Pilar, al teatro, a las corridas de toros, a pasear por las calles [...]

Todas las familias de La Cartuja trabajábamos la tierra, pero mayormente esta no era nuestra. Los dueños de los campos eran gente que vivía en Zaragoza. Había dos grandes propietarios que se repartían todas las tierras entre Zaragoza y La Cartuja. Sin embargo, también era frecuente que cada familia fuese ella misma propietaria de algún pequeño terreno, venido en herencia de los terrenos originales de cuando los monjes vendieron el convento y su huerta, y que de tanto repartirlos entre los herederos de las generaciones siguientes pues lo que venía tocando era muy reducido. Por ejemplo, nosotros teníamos tres campos heredados por parte de mi abuelo paterno y un campo como arrendatarios, y por parte de mi abuelo materno tenía cuatro campos heredados que cuando murió en 1941 hubo que repartir entre sus diez hijos. Por los lados de mi esposo, mi suegro tenía un campo alquilado y su abuelo paterno era capataz de unos campos de un gran terrateniente y sus hijos trabajaban allí como peones. Por la familia de mi suegra, su padre trabajaba en unos campos como arrendatario [...]

La extensión de los campos era muy pequeña, no llegaban a una hectárea, y para colmo los cruzaban caminos, trochas, acequias, estaban en desnivel, tenían árboles, o sea, que ni pensar en meter maquinaria agrícola porque no podía rendir, a menos que te tocaran varios campos uno al lado del otro, pero esto era muy raro; lo normal era que tus cuatro o cinco campos estuvieran en diferentes puntos, a veces a kilómetros de distancia que tenías que recorrerlos a pie. En los campos que trabajaba mi padre, dos eran de buena tierra y dos de mala tierra, ¡¡que esa era otra!! Pero igualmente se sembraban. Cada campo se dividía en varias “tablas”, tratando de adaptarse a los desniveles, y en cada una de éstas se cultivaba algo diferente. Se sembraban también cosas diferentes según la estación del año. Con esta combinación de campos, tablas y estaciones, la variedad de lo que cultivábamos era enorme: remolacha, trigo, maíz, cebada, avena, tomate, algodón, lino, judías verdes, alfalfa, cardos, borrajas, acelgas, pimientos, berenjena, melón, pepino, papas, pero, claro, todo en pequeñas cantidades porque la tierra era poca. En nuestros campos había un manzano, varios melocotoneros, un albergero, una higuera, un nogal y seis olivos y sus aceitunas las llevábamos a la almazara de Zaragoza para que nos hiciera aceite. Algunos cultivos había que vender sus cosechas obligatoriamente al gobierno; en otros, se vendían a empresas que ofrecían la semilla y en los demás se vendían en el mercado que había en Zaragoza. Tanto las labores de siembra como las de cosecha las hacíamos a mano o con ayuda de animales y el arado, aunque con el tiempo algunos comenzaron a nivelar sus campos para poder meter un tractor, pero eran pocos esos casos [...]

Además de nosotros, nadie más emigró a Venezuela, aunque sí hubo como tres o cuatro familias que emigraron a Argentina y una hermana de mi madre se casó y se marchó con su marido a Brasil. También hubo dos familias que emigraron a Francia, pero por razones políticas: un día se fueron sin decir nada a nadie [...] También antes de la guerra era relativamente normal que la gente emigrara a Barcelona, pero después, con el hambre que hubo, era preferible quedarse en los pueblos como campesino que ir a buscarse la vida a las grandes ciudades [...]

4.2. La vida cotidiana en la colonia agrícola de Turén (1957-1962)

Mis suegros y sus hijos se vinieron a Venezuela en 1952. Tendrían ellos como 40 años recién cumplidos y sus hijos tenían menos de 18 años de edad. Mi esposo y yo nos escribimos por carta hasta que en 1955 él fue a España y nos hicimos novios y en 1957 regresó para casarnos y partimos en barco hacia Venezuela. La travesía duró tres semanas. Al llegar a La

Guaira nos estaban esperando mis suegros y fuimos en un automóvil Chrysler, viejo pero muy bonito que había comprado mi suegro, hasta la colonia de Turén. El viaje fue muy largo y paramos varias veces a echar gasolina y a comer: mi primera comida aquí fue un hervido de gallina y un pollo frito en un restaurante de carretera que había por Los Teques, muy rica esa comida, aún me acuerdo [...]

La casa que nos dieron en la colonia estaba justamente en la entrada de la parcela de cultivo, a la orilla del camino, teniendo enfrente en el mismo lado del camino la casa de otro colono y enfrente, pero al otro lado del camino, dos casas correspondientes a otros colonos. Así era la distribución de los parceleros en la colonia: se agrupaban cuatro casas independientes, aunque apenas separadas por unos veinte o treinta metros, una para cada familia y en la entrada a la parcela que tenían asignada. La casa tenía una sala, un baño, una cocina y tres habitaciones y era de una sola planta. Luego, cuando llegué, mi suegro nos construyó una casa adosada para nosotros con una habitación, un baño, una cocina y una sala. La obra de la casa era de cemento y no había ni baldosas ni cerámica. Teníamos un solo ventilador de techo lo que era insuficiente para aliviar el calor y, sobre todo, para espantar a los mosquitos, pero mi suegro nunca quiso hacer grandes mejoras a la casa porque aspiraba a tener algo más grande y la parcela de 50 has. que le habían asignado no le parecía suficiente como para establecerse allí definitivamente. Otros colonos sí mejoraron sus casas para quedarse a vivir allí definitivamente.

Los muebles se compraban en Acarigua, que era una población más o menos cercana a la colonia, y en cada dormitorio había una buena cama con un buen colchón de los modernos, dos mesillas y un armario con espejo, y en la sala teníamos un juego de comedor de seis sillas y un armario en el que guardábamos la vajilla y la mantelería. Los muebles eran de fabricación nacional y los comprábamos en unas tiendas que tenían unos árabes o a unos italianos que los hacían muy bien. Yo me traje la mantelería de España, que me la regaló mi madre al casarme y aún la guardo, y también me traje unos baúles con sábanas, toallas y almohadas, aunque los árabes de las tiendas de Turén también las vendían importadas [...]

La cocina tenía una nevera de kerosene, que era un fastidio porque si el kerosene o la mecha no eran de buena calidad entonces la nevera comenzaba a echar humo, se apagaba y tenías que deshollinarla. A principio no teníamos nevera eléctrica porque el servicio de luz no era muy bueno, se iba bastante, aunque con el tiempo mejoró y compramos una nevera eléctrica. En la cocina había un fregadero para lavar los platos y una cocina de

gas de bombona. Los electrodomésticos los comprábamos a los árabes de Turén y Acarigua y después, cuando pusieron la tienda americana Sears en Barquisimeto pues los comprábamos allí. La lavadora era de rodillo, lo que nos parecía todo un adelanto porque facilitaba el secado de la ropa; la teníamos en el porche trasero de la casa, que estaba techado sin paredes ni tela metálica, por lo que teníamos mucha plaga de mosquitos. Pero mi suegro, siempre pendiente por ahorrar, no quiso poner tela metálica en el porche, sólo en las ventanas. Para lavar los pisos y desinfectar usábamos agua con creolina para espantar a los animales, sobre todo a las culebras, y teníamos mangueras y haraganes [...]

Del otro lado de la casa, una puerta daba hacia el camino y allí teníamos otro patio con un jardín y unos juanitos que daban una flor blanca, que nos los trajo un amigo de los Andes, una mata de plátanos, una de guayaba, una de naranjas y un limonero. Las naranjas eran muy ácidas pero su flor, el azahar, olía muy bien. En la parte trasera de la casa teníamos unas acacias que daban mucha sombra y flores rojas muy bonitas, pero que también ensuciaban mucho con la cantidad de vainas que botaban [...]

El baño sólo tenía lavamanos y ducha, pues el retrete estaba afuera de la casa, en una construcción aparte. Aquella letrina no me gustaba nada, no por la letrina en sí, sino porque siempre había alguna culebra enroscada y siempre tenía que llamar a mi esposo o mi suegro para que la mataran y si ellos estaban trabajando en la parcela pues yo no entraba hasta no estar segura de que la culebra había salido. No teníamos agua caliente ni termo porque con el calor que pasábamos no hacía falta y porque el agua no era precisamente muy fría, pues ya venía bien caliente del tanque de agua que tenía cada casa; agua que a su vez venía de unos depósitos que había cada tantos metros para surtir a todos los parceleros de la colonia de agua potable. No estoy segura, pero creo que había cloacas pues no recuerdo que tuviéramos pozo séptico [...]

Teníamos muchos perros que nos avisaban enseguida de cualquier desconocido o animal que se acercara a la casa; la mayoría eran perros sin raza específica pero también tuvimos pastores alemanes. A los perros les guisábamos comida con los desperdicios y huesos que nos daban en la carnicería de Turén y los mezclábamos con pasta. Nos encariñamos muchos con los perros [...]

Había muchas culebras, muchísimas, sobre todo mapanares de todo tipo y también tragavenados porque estábamos muy cerca de la selva. Había muchas iguanas, muy grandes y muy feas, sobre todo en las ramas de

las acacias, a las que tanto mi suegra como yo teníamos mucho miedo. Veíamos con frecuencia osos hormigueros, mapurites, rabipelaos, cachicamos, araguatos y muchas aves, sobre todo loros, guacamayos, gavilanes, zamuros, garzas blancas, guacharacas y también murciélagos que a mí me daban mucho miedo. No recuerdo que hubiera avispas, abejas, hormigas o cucarachas, y si las había no eran en gran número ni un problema serio. Tampoco había ratas, pero sí ratones. Moscas había en algunas épocas del año y lo que sí había, como ya te dije, eran muchos mosquitos... muchos, muchos, muchos. Por eso nunca faltaba en la casa un tarro de *Fleet*. Y también había muchos burros sueltos por los caminos [...]

Con frecuencia, mi esposo, mi suegro y mis cuñados iban a cazar a la selva y traían báquiros, venados, lapas y hasta jaguares, pero era más por placer que porque fueran un peligro para nosotros o para comerlos, aunque a veces un vecino parcelero venezolano que teníamos cocinaba lapa o venado y nos convidaba: a mí no me gustaba mucho esta carne de cacería y no la probaba. Una vez mi esposo trajo una cría de venado casi que recién parida y la cuidamos nosotros en el corral dándole la leche, hasta que creció y se volvió un macho adulto, pero hubo necesidad de matarlo pues empezó a atacar a las personas. La selva quedaba cerca de la casa, apenas a 500 metros. Nos metíamos en la selva y deforestábamos para ir ganando más terreno para la siembra [...]

Teníamos como vecinos a Wayne, un americano con una familia muy curiosa y de quienes nos hicimos muy buenos amigos. Ellos habían venido de Cuba, donde Wayne se había casado con la hija de unos emigrantes húngaros y todos ellos se vinieron luego a la colonia de Turén. El suegro del americano trabajaba en las oficinas administrativas de la colonia y creo que tuvo también una parcela, pero cuando yo llegué hacía poco que había muerto. La suegra de Wayne era un caso extraño, pues a pesar de llevar varias décadas viviendo en países de habla hispana no sabía hablar castellano y sólo hablaba en húngaro. Wayne y su señora no tenían hijos y estando ya viviendo en la colonia decidieron adoptar a una niña; eran una familia muy unida y muy simpática [...]

Los vecinos de enfrente eran unos alemanes que tenían como siete hijos y una viuda italiana con dos de sus hijos pero que tenía también hijos viviendo en Caracas. Por cierto, estas dos familias se llevaban muy mal y peleaban mucho porque los alemanes criaban unos cochinos que se metían en la parcela de los italianos y les comían la cosecha. Pero después de tanta pelea, un hijo de la italiana se casó con una hija de los alemanes [...]

Nuestros mejores amigos eran unos colonos españoles de Zaragoza, uno de ellos inclusive había estado trabajando como chofer de camiones entre Zaragoza y La Cartuja: era el Sr. Tomás y su esposa la Sra. Dolores con su hija Pilarín, que trabajaba en las oficinas administrativas del gobierno en la colonia. Los otros aragoneses eran el Sr. Benito y su esposa la Sra. Antonia, que también tenían una hija. Tanto la hija del Sr. Tomás como la del Sr. Benito se casaron con venezolanos. Pilarín lo hizo con un colono y la hija del Sr. Benito con un perito que trabajaba en un banco. Los dos eran muy simpáticos, buena gente, pero como buenos venezolanos eran también demasiado fiesteros. Una de las hijas de los vecinos italianos de enfrente también se casó con un venezolano, pero tuvieron muy mala relación, se trataban muy mal, con muchos gritos y discusiones que se oían desde nuestra casa [...]

Tuvimos otros colonos amigos que nos visitaban de vez en cuando. Había muchos alemanes, italianos y españoles, sobre todo vascos y valencianos, aunque había también unos catalanes muy buena gente que trabajaban en las oficinas administrativas de la colonia. Había de otras nacionalidades como rusos y polacos y también había colonos venezolanos. Había muchos árabes, pero más que nada como tenderos en Turén y Acarigua. Luego, con el tiempo, conocimos a un yugoslavo, un asturiano y un maracucho que nos vendían maquinaria agrícola, así como a unos franceses y a un italiano que eran aviadores de fumigación agrícola, de quienes nos hicimos muy amigos hasta hoy, hasta el punto de que sus nietos son amigos de mis nietas. Lo que no recuerdo es haber conocido a portugueses ni a chinos en aquellos años, ¡¡¡tantos como vinieron después...!!!

Colombianos había pero eran mayormente peones, no parceleros, y no llevaban muy buena fama. Una vez hubo un crimen horrendo en el que mataron a machetazos a una familia entera de colonos, venezolanos por cierto, una noche dentro de su casa y se dijo que habían sido unos colombianos por una venganza personal. La colonia era muy segura, no había delincuencia y uno podía dejar sola la casa que no pasaba nada, pero después de aquella matanza mi suegro decidió que las mujeres no debíamos de quedarnos solas en la casa y siempre estaban con nosotras o bien él o si no mi esposo o alguno de mis cuñados, y eso a pesar de que como te dije, las casas de los vecinos quedaban muy cerca. La Guardia Nacional pasaba de vez en cuando vigilando los caminos y para pedir dinero, porque pedían más que un cura [...]

Desayunábamos apenas un café con leche, nada que ver con los desayunos que se acostumbra aquí en Venezuela, ya sabes que en España no es

costumbre desayunar fuerte, aunque con el pasar del tiempo nos comenzó a gustar el *Corn Flakes* de Kellogg's servido en un plato de leche caliente con azúcar. Eso sí, a media mañana se almorzaba un bocadillo de tortilla francesa o jamón cocido. Pocas veces se hacían arepas y nunca cachapas pues en España no era costumbre comer maíz; más bien el maíz nos traía malos recuerdos pues lo tuvimos que comer durante la guerra y la postguerra a falta de trigo y otros alimentos. Como decía mi madre, el maíz para los tocinos [...] Pero con el pasar de los años, mi suegra comenzó a cocinar arepas, pero fritas y pequeñas, como las que sirven ahora en algunos restaurantes junto con el pan [...]

La comida diaria era sopa y bistec de carne. No nos gustaba la carne a la parrilla, aunque el parcelero venezolano a veces hacía parrilla y nos invitaba. Yo creo que no nos gustaba porque la carne se prepara de forma diferente a como se prepara en España: aquí en Venezuela la aliñan mucho. Comíamos también huevos fritos y pasta, sobre todo espaguetis y macarrones con salsa *Ketchup* o diablito *Underwood*. El diablito era nuevo para nosotros, pero nos gustaba mucho untado en pan y no era tan salado como es ahora. Las caraoas negras no nos gustaban mucho y cuando las hacíamos era como en una sopa; preferíamos otros granos, sobre todo lentejas, comíamos muchas lentejas [...] Se comía picante porque a mi suegro le gustaba mucho, pero no picante criollo sino *Tabasco* o guindillas españolas importadas que se conseguían en un supermercado que tenían unos italianos en Turén. Verduras pocas, porque no llegaban y porque nuestra nevera de kerosene ya te he dicho que no era muy confiable. No me acuerdo de algún postre en particular, aunque éramos poco postreros, tal vez porque ni mi suegra ni yo sabíamos prepararlos: sólo el arroz con leche, las natillas y el flan, que ya las hacíamos en España. Lo que sí empezamos a comer fue gelatina *Kellogg's* que era una novedad para nosotros. El café era bueno, de las marcas *Imperial* y *Fama de América*, y la leche en polvo para nosotros también era una novedad, de marca *Klim* o *Nido*. En la comida bebíamos agua; había refrescos, pero no nos interesaban especialmente y jugos de frutas no preparábamos porque con los problemas de la luz no valía la pena tener una licuadora, además de que en España no se toma tanto jugo de frutas como aquí. Lo que empezamos a tomar fue la bebida achocolatada *Toddy*, que nos gustaba mucho a todos. En la tarde merendábamos un bocadillo de diablito con jamón y tomate, con chorizo, salchichón o un embutido italiano que no conocíamos pero que probamos y nos gustó, que es la copa. En las noches cenábamos lo que había sobrado al mediodía; en España cenamos fuerte y en la colonia, trabajando todo el día veces también por la noche, pues los hombres llegaban cansados y con hambre [...]

En Turén había un supermercado que también tenía perfumería y había desodorante, champú, jabón de tocador, hojillas de afeitar de esas de las de antes de un hojilla cambiable y brocha, masajes para después del afeitado y colonias marca *Jean Marie Farina*. Había otro supermercado, también de italianos, que repartía víveres por los caminos de la colonia un determinado día a la semana con un pequeño camión. Uno le compraba cosas no perecederas, leche en polvo, embutidos, sopa de lata americana marca *Campbell* de espárragos, o tomate que comíamos mucha porque era muy rica, granos, artículos de limpieza, coletes, escobas y jabón, detergente *Ace* y *Fab* que venían con regalos como tazas, cubiertos, platos, cucharas, vasos, copas... cigarrillos *Chesterfield* para mi esposo. También había un gallego muy simpático que le decían el salchichero, que llegaba con su camioneta vendiendo embutidos, latas de sardinas y de atún, o un italiano que iba también por las parcelas repartiendo pan, leche, chicle *Adams* y otras cosas, aunque mi suegra sabía preparar pan en el horno de la casa [...]

Las hortalizas como el ñame, la yuca, las papas, los tomates, pimientos y cebollas, y las frutas como la piña y los cambures se compraban en estos dos supermercados, aunque después comenzamos a ir al mercado criollo de Acarigua, pero sólo después de que Acarigua comenzó a ser más ciudad y la carretera en mejor estado, porque al principio cuando llegué a vivir a la colonia era poco más que un pueblo. Nosotros mismos sembrábamos patillas en la casa para nuestro consumo y eran enormes, mucho más grandes y mejores que las de España. Los cambures nos gustaban mucho, así como los titiaros y los manzanos que no conocíamos, pero los plátanos grandes no nos gustaban y nunca los cocinábamos, tal vez porque nos parecía extraño hacerlo pues lo único que a veces freíamos era el cambur cuando hacíamos arroz a la cubana. Las frutas tropicales como mango, aguacate, lechoza, nuevas para nosotros, nos gustaban mucho; la guayaba y el tamarindo no tanto, aunque teníamos una mata de guayabas en la casa porque daba muy buena olor. No recuerdo que comiéramos manzanas ni peras ni uvas, a pesar de que nos gustaban mucho, así que supongo que no llegaban a la colonia [...]

La carne se compraba en Acarigua a un carnicero vasco que se llamaba Pepe, pero era muy dura. Se hablaba de bistec y carne para guisar, nada de que si lomito o punta o chocozuela, tal vez porque estos cortes no nos eran familiares a nosotros y es que en España apenas comíamos carne de res, pues era todo un lujo. En la casa teníamos una máquina moledora de carne para hacer albóndigas. El cochino se compraba también donde este carnicero vasco. La gallina, los pollos y los huevos los criábamos nosotros en un

corral techado y con tela metálica que hicimos al lado de la casa. Probamos a criar también pavos pero no dio resultado porque no querían dormir en el gallinero con las gallinas y al quedarse fuera por las noches los perros que teníamos se los comían... En cuanto al pescado, pues lo mismo, iba un señor por todas las parcelas con su camioneta vendiendo langostinos muy grandes y un pargo buenísimo... El pescado de río no se consumía en la casa, aunque uno de mis cuñados sí iba a pescar con un vecino venezolano al río, pero a mí nunca me gustó el bagre [...]

Creo que en la colonia no había clínica ni hospital para cirugías porque recuerdo que una vez me puse muy enferma y tuvieron que operarme y me llevaron a Acarigua, y cuando fui a dar a luz en 1961 me llevaron a Barquisimeto, que la carretera era muy mala, creo que aún era una carretera de tierra o no estaba totalmente asfaltada. Pero sí había algún tipo de asistencia médica porque cuando a mi marido le daban sus cólicos renales iba al dispensario médico de la colonia y una vez que mi hijo se puso malo también le llevamos allá; por cierto, el médico era cubano [...]

En Acarigua había un médico aragonés de Huesca que no había hecho la reválida, pero que era muy respetado por la gente y por los propios médicos venezolanos que le pedían opinión y le enviaban pacientes y él les recetaba y les diagnosticaba, pero la firma en el informe o en el recípe era la de un médico venezolano porque él no podía firmar. Este médico vivía con su hermana y habían montado un café en la Plaza Bolívar o cerca de allí y cuando nosotros teníamos que ir a Acarigua por cualquier cosa siempre pasábamos a verlos y nos sentábamos a charlar sobre España, Huesca, Zaragoza y sobre todas las cosas, porque eran unas personas muy agradables. Luego, se regresaron a España y ya no supimos más de ellos [...] No recuerdo que hubiera enfermedades graves, que si malaria o tifus ni ninguna otra así grave; lo más común era la gripe... Ya entonces en la colonia conseguías *Cafenol*, *Aspirina*, *Alka Seltzer*, sal de frutas *Eno* y tenías curitas, mercromina... No recuerdo haberme vacunado contra enfermedades tropicales, aunque periódicamente iba la gente del gobierno del departamento de malariología a fumigar a las casas [...]

En la colonia había un cura, no recuerdo de qué nacionalidad, pero no era venezolano, que visitaba a los colonos en sus casas. Como mis suegros no eran muy religiosos no íbamos a misa, salvo en fiestas religiosas importantes como Navidad o Semana Santa que mi esposo me llevaba a la iglesia de la colonia. Los americanos y los alemanes sí iban a misa todos los domingos y la Sra. Dolores también. No recuerdo nada de particular con respecto a las celebraciones religiosas, ni si había procesiones o cosas así.

Las bodas se hacían en la iglesia de la colonia y luego iban a un restaurante en Acarigua. En Navidad nos reuníamos en familia cada quien en su casa y cocinábamos pollos, de los que criábamos en el corral que teníamos, y palomas torcaces que mi esposo cazaba. Las palomas las guisábamos como las codornices en España y quedaban muy ricas. El pollo a nosotros nos parecía una gran comida pues en España rara vez lo comíamos; de hecho, casi que sólo comíamos pollo para Navidad o alguna celebración importante, no como ahora que es la comida más barata. Creo que, precisamente por eso, porque teníamos la costumbre de cocinar pollo para Navidad en España, que en la colonia también lo preparábamos. De los platos típicos navideños venezolanos como las hallacas, pan de jamón, jamón planchado, ensalada de gallina, torta negra: nada que ver, ni sabíamos qué eran... y olvídate del champán. No recuerdo que para Navidad invitásemos a los vecinos a comer, aunque sí nos visitábamos para desearnos felices fiestas, que realmente pues no eran fiestas porque siempre había algo en lo que trabajar en la parcela; es lo que tiene la agricultura, que tú tienes que seguir el ritmo que te marca la siembra y no el que tú quieres. Olvídate, pues, de fiestas de Carnaval o de Semana Santa, aunque los americanos, por ejemplo, sí iban a Caracas en Carnaval porque tenían unos familiares allí y cuando regresaban nos contaban sobre los bailes, los disfraces y caravanas que habían visto y lo bien que se lo habían pasado [...]

Por supuesto, cuando había algún matrimonio, bautizo o defunción entre la gente de la colonia, entonces sí íbamos a la misa; también se celebraban primeras comuniones. Las celebraciones sociales por alguna boda o bautizo se hacían en los patios de las mismas casas de cada colono o en Acarigua, en un hotel que era de unos alemanes y que se comía muy bien; por ejemplo, la boda de mi cuñado la celebramos en ese hotel. A pesar de que todos éramos agricultores y gente que vivíamos en el campo, en esas ocasiones íbamos vestidos de manera elegante y formal, con flux y corbata los hombres a pesar del calor que hacía, y la novia iba de largo. Las mujeres íbamos a una peluquería que había en la colonia que era de un alemán, y usábamos tintes, lacas, maquillaje, igual que se hace ahora. Entonces como ahora había torta de novios y baile y se bailaba la música que estaba de moda que uno escuchaba en la radio [...]

Fuera de eso, no había grandes fiestas y nuestra vida social transcurría con nuestros vecinos. Todas las noches pasaba la familia de Wayne a hablar con nosotros o si no, éramos nosotros los que pasábamos a su casa. Todos los domingos íbamos a casa del Sr. Tomás o a la del Sr. Benito o ellos ve-

nían a la nuestra. Jugábamos dominó y tomábamos café; a veces, también preparábamos algún bizcocho para ofrecer como merienda. La Sra. Dolores preparaba unas tortas muy ricas, era muy buena pastelera. Nunca se jugaba a las cartas ni con dinero, ni tampoco se bebía licor alguno pues a mi suegro no le gustaban estas cosas: él sólo bebía vino tinto en bota a las horas de las comidas y sólo un trago. Estábamos centrados en el trabajo, y más con mi suegro para quien el trabajo era lo principal, por no decir casi que lo único: la familia, el trabajo y el ahorro. Pero éramos felices y lo pasábamos bien, tanto entre nosotros como con los demás colonos con quienes hicimos amistad, yo creo que porque todos teníamos la misma mentalidad, a pesar de venir de diferentes países, pues habíamos venido a Venezuela buscando las mismas cosas. Mis cuñados, por ser solteros y más jóvenes, compartían más con gente de su edad, hijos también de otros colonos, y con venezolanos e iban a pescar al río, a cazar a la selva y a jugar béisbol [...]

No hablábamos de política. Me imagino que el hecho de que todos los colonos, o al menos los europeos, viniéramos de sufrir guerras hacía que fuese un tema que trajese malos recuerdos. Por supuesto, nadie hablaba mal del gobierno venezolano, pero tampoco se hablaba bien: simplemente, no se hablaba [...]

Teníamos un tocadiscos y quien más lo utilizaba era mi suegro que siempre ponía los mismos discos de Mario Lanza y de música mexicana de Pedro Infante y Jorge Negrete. Los vecinos hacían chistes porque siempre ponía los mismos discos todos los días, una y otra vez, a todo volumen. La música venezolana la escuchábamos por la radio, creo que Radio Rumbos y Radiodifusora Venezuela; la música criolla como tal, o sea, joropos y ese tipo no nos gustaba mucho y preferíamos más las canciones de Alfredo Sadel, Carlos Almenar Otero, Mirna Ríos, Mirla Castellanos y Mayra Martí, sobre todo algunos años después cuando comenzó la televisión con los programas de Renny Ottolina de los que mi suegro era fan número uno. Pero eso fue después, ya estando en Turén Viejo pues en la colonia no teníamos televisión, porque mi suegro no quiso comprar el equipo, y cuando queríamos verla entonces pasábamos a casa del Sr. Tomás, que sí tenía su televisor. No se transmitía todo el día y la señal que veíamos era la de Venevisión, que era la única que nos llegaba. En la colonia había un cine al aire libre al que íbamos con frecuencia. Veíamos sobre todo películas mexicanas y algunas americanas con subtítulos que a nosotros nos parecían raras pues en España no había películas subtituladas sino dobladas [...]

Cuando íbamos a Caracas para comprar algún repuesto para la maquinaria, aprovechábamos para comprar productos españoles importados, sobre todo embutidos. También aprovechábamos mi suegra y yo para comprar cortinas o telas, pues mi suegra tenía una máquina para coser en la casa. Las mujeres por aquellos años vestíamos con faldas por debajo de la rodilla y sólo después es que se comenzó a poner de moda el pantalón. No había pantalones vaqueros todavía, y toda la ropa de trabajo o de diario de los hombres era de algodón y generalmente de color caquí y, como te digo, con tal de que fuera americana la gente no estaba muy pendiente de las marcas. Esto es algo que, por ejemplo, yo no entiendo de la gente de ahora que está más pendiente de la marca que de saber dónde están hechas las cosas [...]

Había una librería en la colonia donde llegaba la revista cubana *Bohemia*, que entonces era muy leída en Venezuela, así como *Selecciones del Reader's Digest*, a la que mi esposo estaba suscrito y que entonces también era muy leída y considerada algo así como medio intelectual. Mis suegros compraban novelas que leían en voz alta antes de acostarse; eran novelas populares, cortas, de aventuras y de indios y vaqueros del oeste americano. El correo funcionaba muy bien: las cartas de la familia desde España nos llegaban en tres o cuatro días [...]

Mis hijos y los niños con los que jugaban tenían juguetes a la última moda como carritos de miniatura, pistolas de plástico, muñecos, bicicletas, todo importado que comprábamos en la colonia. Había una escuela primaria que funcionaba muy bien y todos los días pasaba el autobús escolar por cada parcela a recoger y devolver a los niños en su jornada escolar. Pero creo no había liceo para estudiar bachillerato, no recuerdo bien, porque la hija de los americanos que era adolescente estaba interna en un colegio en Barquisimeto. Había liceo en Acarigua, pero para el caso era lo mismo, porque la carretera hasta Acarigua era mala y se tardaba mucho tiempo en el viaje. Esto sí fue un verdadero problema porque inscribir a mis hijos para estudiar en Barquisimeto o Acarigua suponía tiempo de viaje en carretera, tanto de ida como de vuelta, y tiempo era lo que no teníamos pues mi esposo, mi suegro y mis cuñados se la pasaban metidos de cabeza trabajando la tierra, y los tiempos de siembra y cosecha no esperan. Lo único posible era inscribir al muchacho en un internado, bien sea en Barquisimeto, como hicieron los americanos, o en Caracas, si se tenía algún familiar allá. Después de pensarlo bien, mi esposo y yo decidimos que era preferible que nuestros hijos estudiaran en España, viviendo con mi madre en Zaragoza, pues así estaban con el cuidado de la familia y no bajo el de unos extraños en Barquisimeto o Caracas [...]

La primera siembra que hizo mi suegro al llegar a la colonia fue de maíz, que era un cultivo que él conocía de España, pero le fue mal y juró no volver a sembrarlo en su vida. Luego probó con las caraotas y por fin se decidió por el ajonjolí que fue todo un éxito durante muchos años. Años después, cuando nos mudamos de la colonia y compramos una finca más grande, comenzamos a cultivar arroz, sorgo y caña de azúcar. La colonia estaba muy bien organizada por el gobierno. Los caminos estaban bien señalizados y muy bien cuidados, aunque fueran de tierra. Estaba el Canal Piloto para regadío [...] Entre parcela y parcela había cortavientos para proteger a las cosechas. Además del centro administrativo de la colonia, que es donde estaban las oficinas principales del Ministerio de Agricultura y los silos para recepción de las cosechas, talleres mecánicos y otros servicios al agricultor, estaban también la escuela, la iglesia, el dispensario médico, cine, supermercado, etc. Luego, había lo que llamábamos el subcentro, que era otro núcleo administrativo y de servicios, pero más pequeño, para aquellos colonos que estaban en las parcelas más alejadas, más cerca de la selva, como era la nuestra [...]

El primer automóvil que compró mi suegro fue un *Chrysler* viejo grande, de segunda mano, pero bonito. Después, se compró un *Mercedes Benz* importado de Alemania. Además, teníamos una camioneta vieja para ir al campo y maquinaria agrícola como tractores, cosechadoras, traíllas, etc., toda comprada de contado o a pagar con la próxima cosecha pues nos iba muy bien y a mi suegro no le gustaba pedir préstamos a los bancos [...]

Obreros fijos no teníamos contratado a ninguno: sólo se empleaban por temporada para la siembra y la cosecha, como unos diez o doce. No había inconvenientes para conseguirlos, pues ellos mismos iban recorriendo las distintas parcelas ofreciéndose a medida que se acercaban las épocas de alto trabajo. A veces se iba al caserío más cercano a buscar obreros. Algunos de estos obreros continuarían trabajando después para nosotros toda la vida. También ocurría que los conuqueros que estaban cerca de las parcelas o los mismos colonos que tenían parcelas pequeñas de 5 has. se ofrecían como obreros para complementar sus ingresos. Se comenzaba a trabajar bien temprano en la mañana y se terminaba temprano en la tarde. A los obreros se les pagaba en efectivo semanalmente y se les daba de comer la misma comida que comíamos nosotros, aunque ellos solían llevarse sus arepas con caraotas negras y una tapara con agua fresca. Al principio no les gustaba mucho nuestra comida española pero luego se acostumbraron a las lentejas. Había mucho ausentismo entre los obreros, cuando no faltaban por una cosa faltaban por la otra, y bebían mucho licor.

También colaborábamos entre todos los colonos y cuando alguno tenía una emergencia en su parcela, los otros le prestaban algún obrero o maquinaria. También había colonos que alquilaban sus maquinarias por temporada. Cuando era la época de arar la tierra, mi esposo, mi suegro y mis cuñados estaban durante las noches hasta bien tarde trabajando, pero los obreros no. Con los conuqueros nos llevábamos bien y nunca tuvimos problema alguno. Ellos cruzaban diariamente nuestra parcela para ir y venir de sus conucos, saludaban y nunca tuvimos inconveniente ni queja de ninguno de ellos, eran muy respetuosos. Sembraban quinchoncho más que nada [...]

Los técnicos del Ministerio de Agricultura y de los bancos iban periódicamente a evaluar los progresos de la cosecha. Las semillas, fertilizantes, insecticidas y herbicidas se conseguían sin problema en la colonia. El mantenimiento y reparaciones de las maquinarias las hacían los mismos colonos y sólo cuando era un problema grave es que iban a los talleres que quedaban en la colonia, como cuando había que anillar un motor o tornejar alguna pieza. Por eso teníamos un galpón techado al lado de la casa para guardar la maquinaria y repararla. Las máquinas eran americanas: *John Deere, International, Case, New Holland*. Periódicamente, iban camiones de gasolina o gasoil hasta la parcela para surtir el tanque de combustible que teníamos [...]

Todas las decisiones tanto en la casa como en el trabajo las tomaba mi suegro. El manejaba el dinero y les daba a mi esposo y mis cuñados las cantidades que a él le parecían las justas. El abrió cuentas bancarias con el Banco de la Construcción y de Oriente y con el Banco Royal Venezolano y los beneficios los mandaba a una cuenta en EE.UU. Mi esposo y mis cuñados compraron unas tierras pequeñas para ir teniendo su propio patrimonio, pero mi suegro les convenció de que las vendieran para poder comprar entre todos una finca más grande en Turén Viejo, cerca pero fuera ya de la colonia. Mi suegro siempre quiso que viviéramos y trabajáramos todos juntos [...] En efecto, compró unas bienhechurías en Turén Viejo de unas 200 hectáreas que estaban medio abandonadas, igual muy cerca de la selva, y las limpiamos, deforestamos y las volvimos productivas, atendiendo simultáneamente las dos fincas: la parcela de la colonia y esta nueva en Turén Viejo. Construimos dos casas, una para nosotros y otra para mis suegros y mis cuñados, y también se construyó un silo y una secadora. Después dejamos la parcela de la colonia y nos fuimos a vivir a esta finca de Turén Viejo y luego con los años nos mudamos a vivir a Acarigua, pero esto fue ya varios años más tarde, cuando vendimos la finca de Turén Viejo y compramos otra más grande de 600 has., que también tuvimos que deforestar y adaptar para el cultivo [...]

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALTED VIGIL, Alicia, 2005, "Historia de la cultura". En Blas Casado Quintanilla, coord., *Tendencias historiográficas actuales*. Madrid, Universidad Nacional de Educación a Distancia: 321-330.
- ARJONA GARRIDO, Angeles y CHECA OLMOS, Juan Carlos, 1998, "Las historias de vida como método de acercamiento a la realidad social", *Gazeta de Antropología*, 14, artículo 10. Disponible en: www.gazeta-antropologia.es
- BARROS, Carlos, 1993, "Historia de las mentalidades: posibilidades actuales" *Secuencia. Revista de Historia y Ciencias Sociales*, 27: 185-210.
- BEALS, Ralph L. y HOIJER, Harry, 1981, *Introducción a la antropología*. Madrid, Aguilar, 3ª edición.
- CASTILLO, Ocarina, 1985, *Agricultura y política en Venezuela 1948-1958*, Caracas, Faces-Universidad Central de Venezuela.
- COHEN, Yehudi, ed, 1971, *Man in adaptation. The institutional framework*. New York, Routledge.
- CORDOVA, Víctor, 2013, *Historias de vida. Una metodología alternativa para ciencias sociales*. Caracas, Tropykos.
- DE ABREU XAVIER, Antonio, 2016, *Con Portugal en la maleta. Historias de vida de los portugueses en Venezuela*. Caracas, Alfa.
- FRETZ, Joseph Winfield, 1962, *Immigrant group settlements in Paraguay. A study in the sociology of colonization*. North Newton, Kan., Bethel College.
- GRACIA CÁRCAMO, Juan, 1995, "Microsociología e historia de lo cotidiano". En Luis Castells, ed., *La historia de la vida cotidiana*, Madrid, Marcial Pons: 189-222.
- IGGERS, Georg G., 1998, *La ciencia histórica en el siglo XX. Las tendencias actuales, una visión panorámica y crítica del debate internacional*. Barcelona, Idea Books.
- KOTTAK, Conrad Phillip, 2007, *Introducción a la antropología cultural*. Madrid, McGraw Hill Interamericana. 5ª edición.
- MINISTERIO DE AGRICULTURA Y CRÍA DE LA REPÚBLICA DE VENEZUELA, *Memoria y cuenta del Ministerio de Agricultura y Cría*. Informes correspondientes a los ejercicios presupuestarios de los periodos anuales entre 1948 y 1958. Caracas.
- RAPHAEL, Lutz, 2012, *La ciencia histórica en la era de los extremos. Teorías, métodos y tendencias desde 1900 hasta la actualidad*. Zaragoza, Institución Fernando El Católico, CSIC.
- REY GONZÁLEZ, Juan Carlos, 2011, *Huellas de la inmigración en Venezuela. Entre la historia general y las historias particulares*. Caracas, Fundación Empresas Polar.
- UNESCO, 1955, *Aportaciones positivas de los inmigrantes*. París, Firmin-Didot.

- VAINFAS, Ronaldo, 1996, “Historia de vida privada: dilemas, paradigmas, escalas”, *Anais do Museu Paulista*, 4: 9-27.
- VELÁZQUEZ, Nelly, 2001, “Inmigrantes, cambios tecnológicos y diversificación agrícola en los Andes venezolanos”, *Agroalimentaria*, 13: 87-98.
- WHITE, Hayden, ed., 1992, “El contexto del texto: método e ideología en la historia intelectual”. En Hayden White, *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*. Barcelona, Paidós: 195-219.